

CRONICA DE LAS ARTES

XXXI Exposición de Otoño

Por Alfonso PLEGUEZUELO.
Fotos: Laboratorio de la
Facultad de Bellas Artes

Como indispensable guía, únicamente cuenta el visitante con el escueto catálogo que sigue el esquema empleado en otras publicaciones de esta institución y en la que, tras una breve introducción, se enumeran los títulos de las obras agrupadas por géneros y dentro de éstos por autores en estricto orden alfabético.

El total de obras expuestas asciende a ciento una, de las cuales más de la mitad corresponden a pinturas, con lo que una vez más se comprueba el predominio que este medio expresivo manifiesta frente a otros procedimientos.

La cifra total, no obstante, no corresponde a las que participan en el concurso. Entre ellas, y fuera de competición, destacan en primer lugar dos grabados de Picasso de la serie de la Tauromaquia, un lienzo de pequeño formato titulado «Negro peligroso», fechado en 1907, y un autógrafo del pintor junto a un apunte rápido de una cabeza de toro que, con motivo de una corrida, ejecutó sobre el capote de «El Bala» en 1964. La anotación aclaratoria que informa al espectador de la veracidad del hecho, nos hace reflexionar sobre el significado que una simple firma

El pasado domingo 23 de octubre abrió de nuevo sus puertas la Casa de Pinelos para ofrecer al público sevillano la trigésimosegunda exposición de otoño. Un año más, sirve de marco a este acto el conocido edificio, que tras su restauración fue convertido en nueva sede de las Academias. Debido al elevado número de obras resulta insuficiente la sala de exposiciones de esta entidad, situada en la planta alta, por lo que ha sido necesario ocupar las galerías abiertas al apeadero. Esta especial circunstancia evoca el añejo y tradicional sabor de algunas casas de patio sevillanas tras cuyas cancelas la vista se recrea observando el conjunto de obras que el interés erudito del propietario ha ido acumulando a lo largo de su vida de coleccionista.

puede alcanzar en el panorama artístico contemporáneo.

El autorretrato en bronce de Enrique Pérez Comendador, autor, como se sabe, vinculado al mundo artístico sevillano, aparece como obra representativa de lo que fue la tendencia dominante en el lenguaje escultórico en el ámbito nacional durante un largo periodo. Con el mismo carácter de maestros reconocidos por varias generaciones en el ámbito local, se exponen tres retratos de Enrique Segura y un bodegón de Alfonso Grosso.

Figuran también expuestas en esta ocasión tres obras enviadas por don Rafael Martínez Díaz, catedrático de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Madrid, con motivo de la concesión de la medalla de oro correspondiente a este año otorgada por la

Academia sevillana. Por último, se exhibe, asimismo fuera de concurso, un grupo escultórico de Antonio Gabira-Alba que reduce a pequeña escala las formas que caracterizan sus obras plasmadas generalmente a mayores dimensiones en monumentos públicos.

Analizando las obras seleccionadas que aspiran a los distintos premios que concede este certamen, es característica, como en otras ocasiones anteriores, la vinculación de la mayoría de los expositores con la actividad desarrollada en los centros de enseñanza artística de nuestra ciudad, de ahí que se mezclen los nombres de profesores con los de alumnos salidos de las aulas en los últimos años e incluso con los de aquéllos que todavía permanecen en los centros com-

pletando su formación. El resultado es que aun dentro de la gran variedad en los modos de hacer se advierte una coincidencia en los planteamientos generales que refleja la coherencia en los postulados básicos de quienes concurren a este certamen. Las primeras notas características son la fidelidad, nunca interrumpida, a la tradición figurativa y la ausencia de posturas anticonvencionales que resultarían incompatibles con la anteriormente aludida unidad de planteamientos. Por otro lado, es de destacar el dominio de los medios expresivos que evidencian muchas de las obras especialmente explicables en aquéllos que compaginan la actividad profesional con la docente. Por el contrario, no dejaremos de apuntar la escasa calidad que a todos los niveles muestran otras obras que reflejan a nuestro entender una excesiva tolerancia en los criterios selectivos que serían de esperar en una institución como la Academia.

Dentro del capítulo de la pintura, son numerosos los temas de paisaje que con gran variedad de recursos expresivos abarcan desde las grandes superficies tratadas con espátulas e intenso cromatismo de Manuel Armijo y Fermín Navarro al detallismo tradicional de Fernández González o el carácter casi ingenuista del «pueblo

blanco» que presenta Antonio Pérez Ordóñez. Como acuarelista, María Reneses expone un paisaje con ruinas de sombría atmósfera.

La captación de los ambientes urbanos que desde hace ya algún tiempo viene ocupando la atención preferente de muchos pintores sevillanos, tiene en esta exposición una notable muestra, en la que la visión desde un prisma romántico-costumbrista a lo decimonónico ha sido sustituida por otra que evidencia la concienciación ante la irrefrenable desaparición de gran parte del caserío del centro histórico dando pie a unas obras que desde diferentes ópticas personales abordan el tema. Es el caso de María del Carmen Cano, joven pintora que se centra en la recreación de los populares corrales de vecinos cuyos patios, ahora solitarios, aparecen bañados en una intensa luminosidad conseguida a través de la cuidada disposición de los intensos toques de color, eliminando los aspectos lúgubres que este asunto podría ofrecer. Contrasta con ella la poética nostalgia y un tanto triste delectación con que Rodríguez Almansa y Flaquer Lloret se detienen en la minuciosa descripción de los destructores efectos del tiempo sobre la superficie de las cosas. En otra onda se encuentran las estiliza-

zadas composiciones urbanas de Charí Olía.

La tendencia más definida que aparece en esta exposición y que desde hace años polariza en gran medida la atención de buena parte del ambiente artístico sevillano es la seguida por un grupo de pintores pertenecientes a una misma generación, cultivadores de lo que ha sido denominado, en ocasiones, «Realismo mágico», y que ha tenido una considerable proyección más allá del ambiente local. Los une a todos una visión de la realidad imaginada, que toma apariencia formal a través de un dominio de los medios expresivos que en ciertos casos alcanza verdaderas cotas de virtuosismo y que en cada uno de ellos adquiere un tono distinto según la manifestación externa de su sensibilidad personal. En esta ocasión, uno de los veteranos del grupo, Francisco García Gómez, cuenta con una obra de gran formato, en la que la inquietante presencia del alquimista aparece envuelta en una densa atmósfera de misterio y rodeada por los instrumentos y objetos emblemáticos de su actividad. El matizado, y a un tiempo, homogéneo cromatismo y la sabia distribución de los efectos lumínicos, son los recursos formales de los que se sirve el artista para introducirnos en su personal y complejo mundo.

Otros jóvenes profesores de la Facultad de Bellas Artes, como Juan Cárceles y Antonio González Alba, encauzados en una línea de investigación estética de similares características, dan a su respectivas obras un sello personal, concretizado en el primero de ellos por formas rigurosas y aristadas que respiran un silencioso y trágico estatismo de impecable técnica. González Alba presenta dos obras que revelan sus preocupaciones compositivas, en las que juega un papel esencial la entonada armonía de su cromatismo. En esta misma línea se encuentra la obra de Eliza Russel, que con una visión a veces intimista, crea atmósferas vaporosas cargadas de lirismo. La «añoranza romana» de Antonio Parrilla, exenta de efectos dramáticos, adquiere un aire desenfadado, en el que a la ciudad eterna se superpone todo un microcosmos formado por imágenes culturales, mezcla de lo vivido y lo soñado.

Juan Cordero y Armando del Río representan la faceta más ortodoxa, serena y tradicional en su ejecución, que caracteriza la obra de los profesores activos más veteranos de la Facultad de Bellas Artes. Prueba de ello son los dos retratos femeninos que aportan a esta exposición y que, por otra parte, suponen dos formulaciones totalmente dis-

tintas dentro del mismo género. De semejante concepción y distinta temática es la obra presentada por el conocido pintor y cartelista José Álvarez Gámez, que en esta ocasión presenta una obra llena de evocaciones y recuerdos. Carácter más lírico y lleno de ternura revisten las pinturas de Lola Sánchez y María del Carmen Castillo en sus encantadores grupos de personajes humildes y de niños, respectivamente.

Finalmente, sólo reseñaremos un grupo de pintores que, por diversos motivos, se diferencian del resto, como es el caso de Alberto Mañero, cuyas obras, de fuerte impacto cromático, son casi los únicos ecos que el movimiento abstracto tiene en esta exposición. Igual sucede con la obra de Juan Carlos Castro y de Rafael Spínola, exponentes de los enfoques artísticos del neofigurativismo de las últimas décadas.

En el campo de la escultura hallamos, en primer lugar, varias obras que continúan la secular tradición imaginera sevillana, como es el caso de Juan Manuel Miñarro, Antonio García Romero y Matilde García Muñoz. Estos, al lado de Evaristo Márquez, cultivan así mismo un retrato realista de estricto y correcto carácter académico. La obra de Carmen Jiménez, «Amanecer», es un clarísimo testimonio del buen hacer, de la que es maestra

indiscutible de tantos escultores salidos de las aulas de la Facultad. En él se evidencia el dominio de las técnicas del relieve que sirve de soporte a una temática que, por el propio título de la obra, está cargada de sentido simbólico. El busto presentado por Camilo Sánchez nos evoca el refinado carácter aristocrático de los retratos cuatrocentistas italianos interpretados en clave actual y aprovechando los efectos plásticos que el propio material ofrece. Finalmente, citaremos las estilizadas composiciones de María Luisa Abao, de Marien Castro y de Rafael Spínola, que junto con el violento neoespressionismo de Manuel Caro y Manuel García Rodríguez, recogen las fórmulas de los movimientos más actuales.

Entre los dibujos caben destacar la serie de Castro Crespo, con una técnica mixta de tintas combinadas con «collage», y los dos interiores a grafito de Camilo Sánchez, con un refinado, sensible y, al tiempo, sobrio modo de describir un rincón de trabajo aparentemente impersonal.

De los grabadores, escasamente representados, atraen especialmente la atención los solitarios interiores domésticos de Barrientos Ruiz y Jiménez Cuenca, trasposición a esta técnica de la poética urbana, citada ya en la obra pictórica.